



AUGUSTO SANTELICES, El Juez-Poeta de Licantén

Por una de esas extrañas juntas del calendario, estamos reunidos en el día de hoy para conversar sobre Augusto Santelices, justo cuando se acaba de cumplir, hace una semana, el séptimo aniversario de su fallecimiento, ocurrido el 1º de mayo de 1980, a los 73 años de edad. El silencio, esa suerte de muerte que la muerte, no ha echado raíces sobre el nombre del poeta. En la sección del Maule su presencia sigue viva y permanente entre los que lo conocieron. En Licantén, escenario de sus alianas y de la última jornada, se recuerda su presencia a través de innumerables anécdotas y el cariño de los que fueron sus amigos. El maestólogo Vicuña Quio, donde nació el 14 de septiembre de 1907, y que Santelices designara en un artículo como "Tierra de olvido", no lo tiene para él. Al conmemorarse cuatro siglos de su fundación, en 1985, la cuidada monografía del historiador Júcar en ediciones de La Prensa, de Curicó, le dedica en el capítulo quinto, "Cómo vivió Vichuquén", numerosas páginas que comienzan un estudio del trascendental Carlos René Correa y una vida semejante de su estampa de hombre de letras y magistrado, por Oscar Ramírez Moreno, mientras del mismo Santelices se incluye una vivida nostálgica de Vichuquén y un relato sobre el legendario "Do Olayo", que se autopropagaba Rey de la Oceania y Almáhué y Emperador de todas las Rucas, con "yo", el que partié cuenta abajo en su carreta y anticipándose a Flórez proclamaba: "Como voy contra el sol llegar más temprano".

Mi primer conocimiento del poeta tiene alguna antigüedad, o mejor dicho, no conocimiento sino noticia. En la ya lejana noche, y aún después, quizás hasta los veinte años, alcancé para mi singular importancia un grueso tomo-comercio de diarios y revistas que una dama colecciónaba y pegaba cuidadosamente y que llamaba "El libro de Antología". En él, sin fecha ni especificación de origen, hay un poema, tal vez publicado en Zig-Zag, que se titula "Sólo diez años antes" de Augusto Santelices. Su especial atracción residía a la par en la belleza de la forma y en el asunto que trataba, y la finura con que el poeta lo decía, con toda elegancia, "vieja" a una mujer.

Mis ranas velas blancas, nacidas y
distantes,
que en los mares del mundo jamás
podré alcanzar.
Sólo porque tu barca partió días
antes
yo no te podré amar.

Ese fue el primer contacto y el primer juicio. Personalmente lo conocería sólo muchos años después.

Su transcendental arribo a la capital —"llegado con unos piernos bonitos"—, me quedó en mis Recuerdos Personales: "Yo llegué de provincias Santiago el famoso año 20, cuando la Federación de Estudiantes estaba en pleno euforiaresco —Santiago Labora, los Gaudíos, Domingo Gómez Rojas, el Príncipe Soto, Roberto Moya Fuentes— y don Ladislao Errázuriz invocaba su propia guerra con el Perú, 'La Guerra de don Ladislao'. Y cuando el local de la Federación fue asaltado, y cuando la candidatura de don Amaro Alessandri se gestaba"..., "cuando Neruda vivía en Marín a pocas cuadras de mi casa en López, en pleno barrio de La Chimbilla, todo aquello era más que la locura. Todas andábamos con una estampilla pegada al casco, aquél sombrero tío, de ala tronizada, con la elige de don Amaro".

Toda entonces doce años y se define a sí mismo como "Inocente de Humanidades", las que había empezado a cursar en el Liceo de Talca y continuado en el Valentín Letelier de Santiago, donde encuentra la comprensión de Mariano Latrón para sus inquietudes literarias. Alegreza, duda entre Medicina y Leyes, como cámara, a seguir. Por último la balanza se inclina por Derecho, estudios que inicia en 1923 en la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, donde su actividad lo encuentra en 1928 ejerciendo el cargo de Director del Centro de Derecho. En 1930 es Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales, optando al grado correspondiente con una tesis sobre "Situación económico-social de Iberoamérica". Ya en 1926 me inquietó lo había llevado a planear en un ensayo un tema que no pierde vigencia: "El imperialismo yanqui y su influencia en Chile".

En medio de los códigos, un embargo, no faltaba tiempo para los versos: colaborador en los diarios El Mirador y Últimas Noticias y las revistas Zig-Zag y Letras, de Santiago, sus artículos encontraron también puertas abiertas más allá de la frontera, en Andalucía, de Mendoza, y Atlántida y Airea, de Buenos Aires. En 1928 la Federación de Estudiantes había puesto en circulación la revista Llamas y de ella dos poemas, uno de Julio Barrochea y otro de Augusto Santelices, logran llamar la atención de Hernán Díaz Arrieta (Almne), que, en La Nación, afirma que "Tus Llamas hablan de dos chicos", referiéndose a ambos poetas. Un verdadero aliciente,

Oscar Plaza es memoriaresciso de la sorprendente intervención de Augusto



Los Héroes de siempre, 1925.

Santelices en el desaparecido Teatro Nacional durante una función de beneficio en sus tiempos de estudiante. Entre los numeros de variedades se anuncia al poeta. Su presentación resultó impactante: más que delgado, flaco y pálido, enfundado en esmoche y entallado traje negro, luciendo polainas blancas, y en voz de los consabidos versos de amor, una parodia de "La princesa está triste, que triste la princesa..." seguida de su propia y recién inaugurada "Oda a la botella", celebrada con agradaderos aplausos y que desde ese momento pasó a formar parte de la Antología particular de cada universitario de la época. De cierta manera Neruda fue propagandista del poema. Cuenta Santelices en Recuerdos Personales: "Y hubo un momento en que Neruda representó de Ramón, donde fue Clínus, después de actos de mestizaje y el costarrero literario de Santiago estaba dividido o revuelto. Entonces alguien descubrió que Julio Barrochea y yo, los poetas de moda en esos días, íbamos de todos, éramos los llamados a organizar la recepción, y Julio y yo organizamos una tremenda fiesta en

EMMA JAUCH*

el Marín. Para mí, lo más extraordinario fue aún que, a los postres, hubo de recurrir a pedido de la concurrencia, el "Poema a la botella", y que Neruda me abrazó encantado. Yo sentía vergüenza de decir esos versos tan vulgares ante tan selecto invitado". Pero hubo algo más. Cuando Neruda llegó a ser embajador en París, por intermedio de René Frías Ojeda, se dirigió a Santelices, "olvidadísimo poeta", como lo designa, para que le enviará una copia. El Neruda festivo y jocoso quería presentarla en un "show" en la Embajada.

/Oh, Sekora! / Oh, Rosella!
del corazón ardido de soler y de
espejalar.

Ahí maravillosa, diosa de la ale-
gría,
a su influjo se trunca la noche por el
día.

se muda en oro el cobre,
se vuelve el pobre rico y el rico queda
pobre.

Augusto Santelices, el juez poeta de Licantén [artículo]
Emma Jauch.

AUTORÍA

Jauch, Emma, 1915-1998

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Augusto Santelices, el juez poeta de Licantén [artículo] Emma Jauch.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)